

Etchebehere, Pablo

La filosofía como erótica del pensar

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Etchebehere, Pablo. “La filosofía como erótica del pensar” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/filosofia-como-erotica-pensar-etcbehere.pdf> [Fecha de consulta:]

La filosofía como erótica del pensar

Pablo Etchebehere

Introducción

De lo que trata esta exposición es sobre la naturaleza y la situación de la filosofía. Como en toda disciplina, el que se acerca a ella lo puede hacer de dos modos. O bien desarrollar los aspectos de la identidad de la disciplina, o bien puede preguntarse por esa misma identidad, saliendo así a la caza de su esencia. Este último modo implica cuestionar lo hasta ahora asumido comúnmente por la disciplina, no por afán de novedad, sino por una necesidad propia.

¿Qué es lo asumido comúnmente como esencia de la filosofía? Generalmente cuando se pregunta ¿qué es la filosofía?, la respuesta refiere a la etimología de la palabra y se contesta “amor a la sabiduría”. Normalmente a continuación se explica la diferencia entre el saber del sabio y el saber del filósofo. Además se afirma que un saber pertenece a los dioses y el otro a los hombres. También se hace una referencia a los sofistas catalogándolos de pedantes, orgullosos de su saber y al filósofo en cambio como humilde y sencillo. De este modo ya sabemos, rápidamente, qué cosa es la filosofía y como su esencia gira en torno al saber

Pero no es la única opinión. Un monje cisterciense español del siglo XVII, Juan de Caramuel, tiene otro punto de vista. En su obra *Leptotatos* afirma que, así como la palabra “teología” se traduce por “estudio de Dios”, siguiendo el mismo método deberíamos traducir “filosofía” como “sabiduría del amor”. En el siglo pasado, Emmanuel Levinas, buscando ampliar el horizonte de la sabiduría encerrado para él en la ontología, propone algo similar. Ahora bien, ¿por qué nos resulta extraña la explicación de Caramuel? ¿Por qué no podemos asumir que la esencia de la filosofía es sabiduría del amor?

Confirma esta paradoja la opinión de dos filósofos. Jean-Luc Marion al comienzo de su obra *El fenómeno erótico* afirma: “Actualmente la filosofía ya no dice nada del amor, o muy poco. Además, es mejor ese silencio, de tanto que lo maltrata o lo traiciona cuando se arriesga a hablar de él. Casi podría dudarse que los filósofos lo experimenten, si no adivináramos que más bien temen no decir nada sobre él. Y con razón, porque saben mejor que nadie que ya no disponemos de las palabras para decirlo, ni de los conceptos para pensarlo, ni de las fuerzas para celebrarlo. De hecho los filósofos lo han dejado en el abandono, lo destituyeron del concepto y finalmente lo arrojaron en los márgenes oscuros e inquietos de su razón suficiente -junto a lo reprimido, lo no-

*dicho y lo inconfesable”.*¹

El otro autor es Arthur Schopenhauer quien dice *“en vez de asombrarse de que también un filósofo haga suyo por una vez ese tema constante en todos los poetas, habría que extrañarse de que un asunto que en la vida humana juega un papel tan significativo no haya sido tomado en consideración hasta ahora por los filósofos y permanezca totalmente desatendido”*²

Lo que intento, en síntesis, es considerar a la filosofía desde este aspecto desatendido, desde el aspecto del amor, de lo erótico, en tanto que constituye su esencia primordial. Seguramente muchos podrán afirmar que el amor ha jugado su papel en la esencia de la filosofía, pero considero que ese papel ha servido como prólogo, como la imagen de Wittgenstein de la escalera que tiramos una vez que la hemos utilizado³. Es cierto que amamos pero sólo para acceder a la sabiduría y una vez allí nos instalamos en la certeza y en la seguridad del pensar. Tengo la sospecha que, como Hipólito de la tragedia de Eurípides, el filósofo rechaza a Afrodita para poder libremente pensar, pero en ese rechazo radica su condena.

¿Qué significa “erotizar el pensar”?

Para responder a esta pregunta iré en círculos mostrando los diferentes aspectos que lo erótico produce en el pensar para así tener una idea, lo más diversa posible, de su esencia.

Vulnerable

El primer aspecto que quiero señalar es el de la vulnerabilidad. Al irrumpir lo erótico en el pensar éste pierde su acostumbrado orden y serenidad. También su rigor. Rigor en el sentido de algo áspero, de inflexible rigidez. Lo erótico, podemos decir, vuelve humano al pensar. Y así hace de la filosofía un pensar alegre, afable, otorgándole fluidez.

Pero vulnerable apunta a algo más, apunta a una herida. Lo erótico abre al pensar a una ruptura, la ruptura fundamental entre ser y pensar. Luego de la ruptura ya no vuelve a ser tan

¹Marion, Jean-Luc. El fenómeno erótico. Buenos Aires, Ediciones Literales, El Cuenco de Plata, 2005, pág. 7.

²Schopenhauer, Arthur. El mundo como voluntad y representación. Madrid, Trotta, 2005. Complemento al cap. 44, pág. 586.

³Tractatus. 6.54 “Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo; que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe., pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido.) Debe superar estas proposiciones; entonces tiene la justa visión del mundo”.

evidente la sentencia de Parménides y nos damos cuenta que, muchas veces, nuestro pensar no sigue los pasos del ser o, también, que este ser no es tan fijo y estable, sino polícromo y sujeto a la potencia y al no ser. Y nos damos cuenta que al ser no sólo se manifiesta sino que también se oculta.

Lo erótico vuelve vulnerable al pensar en tanto que le niega su autosuficiencia, impidiéndole que se rija por el principio de razón suficiente. Podemos decir que este principio se puede enunciar como “nada es sin por qué”, o “todo tiene una razón de ser, un por qué”. El que la razón no pueda ya regirse por el principio de razón suficiente no es por una insuficiencia de la misma, porque ella se ha vuelto incapaz, sino porque surge, en el horizonte del pensar, otra pregunta distinta al ¿por qué? que le exige una superación, una transcendencia. Una erótica del pensar es aquella que se enfrenta a la pregunta ¿para qué? Pero esta pregunta es desoída. Es curioso percibir que si hacemos una historia del concepto de causa comprobamos cómo la causa final cambió la formulación desde el *¿para qué?* al *¿por qué?*, lo cual produjo no sólo un olvido de la causa final sino una reducción del sentido: el sentido de causa pasó de ser “dependencia en ser” para asumir el de razón de ser. Si bien con Miguel de Unamuno podemos decir que “debajo de la inquisición del ¿por qué? de la causa no hay sino la rebusca del para qué de la finalidad”⁴, en la historia de la filosofía podemos percibir que ese rebuscar no ha tenido vigencia.

¿Cuál es la razón por la cual se evita la pregunta del ¿para qué? Siguiendo a Marion, podemos decir que esta pregunta nos hace patente la vanidad, el absurdo de nuestro hacer y del mundo. Esta pregunta da cuenta de nuestra ignorancia, da cuenta que nuestro obrar está movido por razones que no han sido pensadas por nosotros sino recibidas desde la tradición y, tanto peor, que muchas veces no nos mueve el amor sino la razón. Lo erótico del pensar al intentar responder al ¿para qué? establece un nuevo sentido que ya no es racional sino afectivo. Da cuenta del hacer pero desde otra parte, desde la afectividad. Pero aquí surge una paradoja: así como la razón (pura) no soporta la pregunta ¿para qué?, así también lo erótico no soporta el ¿por qué? Dado que, si le damos una razón al amor, ya no es amor sino...razón. De ahí que la vulnerabilidad deje al pensar, paradójicamente, sin razón pero libre de vanidad.

Es por eso que creo que el surgimiento del nihilismo en el siglo XX -vanidad de vanidades- no fue sólo producto de la “muerte de Dios” sino de un abandono de lo erótico en el pensar. El ¿para qué? sigue al ser como su sombra y su falta de respuesta lo anula, lo banaliza. Así entonces, solamente una erótica evita la banalización del pensar, que no es otra cosa que su conversión en mero espectáculo, en mero entretenimiento.

⁴ Unamuno, Miguel de. *El sentimiento trágico de la vida*. Pág. 51

Dependiente

Lo erótico es lo único que trasciende la vanidad que surge en el ¿para qué? Sin embargo este trascender no debe ser entendido en un sentido triunfalista, en un sentido de omnipotencia, dado que lo hemos planteado en el ámbito de lo vulnerable. Tampoco se salvaría de la vanidad si se encerrara en sí e intentara ser autosuficiente. Sigue siendo aún verdadera la expresión de Platón que hacía del amor hijo de la pobreza y el recurso. De ahí el uso del término erótico en esta exposición. Modo finito de amar, modo que reclama al otro para existir, lo erótico muestra que “amar es ser amado”⁵. Lo erótico hace del pensar dependiente al constituirlo en preguntar y esperando que la respuesta venga “de otro lugar”. Como Job espera poder preguntar, lo erótico hace al pensar inquieto, hace del “cogitare” un “agitarse conjuntamente” o, siguiendo otra etimología, pensar es “agitarse en el corazón”. El yo que piensa, por la vulnerabilidad, es un yo herido y que no puede encontrar en sí su límite. Infinito de límite, lo erótico hace del pensar una inquietud que solo se aquieta en la presencia del otro, si este otro viene, si se hace presente. Máxima pobreza del pensar: solo la presencia del otro que me altera me puede aquietar. Lo erótico hace del pensar algo abierto...como el claro del bosque. Lejos estamos aquí de hacer del pensar algo independiente, lejos también de poder pensar a Dios como “un entendimiento que se entiende a sí mismo”(Met. 12,9), tan lejos como del Dios de Spinoza para quien “ni ama ni odia”(teorema XVII corolario).

Al ser enteramente dependiente el pensar erotizado no refuta ni intenta convencer o seducir ejerciendo el poder que da el conocer. Siguiendo la imagen heideggeriana lo erótico hace del pensar una invitación a recorrer, en compañía, los senderos del bosque, que tal vez no lleven a ninguna parte.

Dramático

Lo erótico, como afirmé, hace del pensar algo vulnerable y dependiente. Podemos decir que con lo erótico el pensar entra en un ámbito de drama y surgen así dos tipos de pensar: un pensar alegre, capaz de hacer resplandecer el bien trascendiendo la penuria y un pensar trágico capaz de asumir lo tenebroso de la realidad. En otras palabras solo el pensar erotizado puede dar cuenta de la realidad en todas sus dimensiones de ser y de no ser. Una de las formas que tiene nuestra cultura es la de la banalidad, lo cual se manifiesta tanto en la poca alegría que causa el ser, como en la poca tristeza que causa el no ser. Todo se ha vuelto insípido y nadie puede ya sufrir de amor y mucho

⁵ Marion, Jean-Luc. El fenómeno erótico. Buenos Aires, Ediciones Literales, El Cuenco de Plata, 2005, pág. 86.

menos fracasar en la vida. Como dice George Steiner la tragedia ha muerto, “el fuego del Infierno solo sirve para calentarnos las manos”⁶ y la presencia de Dios ya no es percibida como “una carga intolerable”⁷. Nadie afirmaría aquello de Eurípides según lo cual “la grandeza de tu alma ha sido causa de tu ruina”⁸. Ya no hay ni fuegos eternos, ni dioses que castigan, y no pagamos ningún precio por la grandeza del alma.

Lo erótico, en cambio, al volver al alma inestable cumple con la condición que, según Steiner, se requiere para que exista el drama, este “co-agitarse” nos hace ansiar una salvación que no puede venir más de “de otra parte”, “desde fuera”. Como ya dijimos, lo erótico nos permite ver que las cosas son como son, inexorables, y que ninguna explicación racional le dará sentido. Solo queda cargar con este absurdo, lo cual, únicamente, le cabe a un héroe.

De la pasión a la obra.

De este modo lo erótico devuelve la pasión al pensar. En el concepto “pasión” se reúnen los aspectos que hasta ahora habíamos señalado: vulnerabilidad, dependencia y tragedia. Lo erótico vuelve al pensar “huésped”, en el sentido del que viene y del que recibe. De este modo el pensar ya no está encerrado en “el laberinto de la soledad” sino a la intemperie. Siendo joven me impactó una frase de Santiago Ramón y Cajal quien decía que “aquél que aspira a originalidad y robustez mental debe vivir a la intemperie, oreado por los cierzos, lejos de los árboles protectores”. Hasta ahora hemos señalado solamente signos de finitud que el pensar padece gracias a lo erótico, resta, para concluir, tratar sobre aquello de infinito que aporta lo erótico al pensar.

Arthur Schopenhauer habla del concepto como una especie de caída de la Idea. Quiero partir de esta metáfora para hablar de lo infinito del pensar erótico. Cuando el pensar, seguro de sí, deja de hospedar lo erótico tiñe a todo lo real de homogeneidad, de finitud. “Es lo que hay” decimos coloquialmente pero damos a entender una metafísica resignada. Signo claro del cansancio del pensar al que alude Husserl en su Crisis. Hay cansancio porque no hay deseo de pensar en tanto que lo real se me presenta como más de lo mismo. El pensar se vuelve estéril, puro juego de conceptos para una academia. Lo erótico, en cambio, aporta el paso del concepto a la Idea, de lo finito a lo infinito. Deja de lado la idolatría del concepto para permitir el paso a la Idea que es icónica. Como dice Unamuno “hay un mundo sensible que es hijo del hombre y hay otro mundo, el ideal, que es

⁶ Steiner, Georg. *La muerte de la tragedia*. México, F.C.E; Madrid, Siruela, 2012, pág. 145.

⁷ Steiner, Georg. *La muerte de la tragedia*. México, F.C.E; Madrid, Siruela, 2012, pág. 276. Como la tremenda frase de Descartes “¿cómo entendería que tengo defecto y que no soy totalmente perfecto si no existiera en mí ninguna idea de un ente más perfecto por comparación con el cual conociera mis defectos?” *Meditaciones metafísicas*, 294.

⁸ Eurípides. *Hipólito*, pág. 947.

hijo del amor”⁹. Siguiendo a Platón, nos damos cuenta que solo el enamorado puede recordar y ansiar la Idea...el resto permanecemos en lo terrenal. Pero ¿quién tiene hoy deseo suficiente para pensar la Idea?

Todos hemos experimentado cierta zozobra cuando, al estudiar filosofía, somos sospechados de neuróticos. Algo de eso hay. Nos dedicamos al pensar en muchos casos para evitar enfrentar la realidad real, refugiándonos en ciertos paraísos intelectuales que solo habitamos nosotros¹⁰. Al tomar el pensar, que es un medio, como fin caemos, ciertamente, en la vanidad de los vanidosos¹¹. Neurótico y narcisista es muchas veces nuestro modo de hacer filosofía. Pero lo erótico vuelca al pensar a la acción. Encendido el deseo, no busca el pensar otra cosa que engendrar y engendrar en novedad. Lo erótico hace que el pensar sea nuevo, original porque no se construye sobre una razón de ser, que está siempre en la seguridad del pasado, sino en un amor de ser, que se adelanta, en porvenir, a lo que ha de ser.

Ahora bien, al ingresar lo erótico el pensar queda, paradójicamente, sin razón. Al pasar a la acción, lo erótico queda fuera del discurso, no pudiendo ser captado más que en el fruto, en el hijo. La filosofía así entendida, desconfiará de todo discurso sobre el amor que no concluya en algo distinto de sí. Es más, desconfiará incluso del discurso amoroso, porque, tal vez, a lo erótico le guste ocultarse. Como dijo Wittgenstein “de lo que no se puede hablar mejor es callarse”.

Bibliografía

- Asurmendi, Jesús. *Du non-sens. L'Ecclésiaste*. París, Cerf, 2012
Bataille, Georges. *El erotismo*. Buenos Aires, Tusquets, 2010.
Caramuel, Juan de. *Leptoptatos. Metalógica*. Pamplona, Eunsa, 2008
Carraud, Vincent. *Causa sive ratio*. París, PUF, 2002.
Eurípides. *Hipólito*. Madrid, EDAF, 1962
Frankl, Viktor E. *Las raíces de la logoterapia*. [Escritos de juventud] Eugenio Fizzotti editor. Buenos Aires, Fundación Argentina de Logoterapia, 2001.
Heidegger, Martin. *La proposición del fundamento*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1991.
Jeanrond, Werner. *Teología del amor*. Santader, Sal Terrae, 2013.
Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona, Seix Barral, 1969

⁹ Unamuno, Miguel de. El sentimiento trágico de la vida, pág. 42.

¹⁰ “El intelectual es aquel tipo de hombre que busca dominar el mundo con el intelecto, la razón, el pensamiento, dominar la vida y dar forma al caos” *La psicología del intelectual*. En *Las raíces de la logoterapia*. Eugenio Fizzotti editor. Buenos Aires, Fundación Argentina de Logoterapia, 2001, pág. 65.

¹¹ “El neurótico no puede ser feliz porque no es un apasionado de la vida, la desprecia, la desacredita, la odia.” *Psicoterapia y visión del mundo*. En *Las raíces de la logoterapia*. Eugenio Fizzotti editor. Buenos Aires, Fundación Argentina de Logoterapia, 2001, pág. 28.

Marion, Jean-Luc. *El fenómeno erótico*. Buenos Aires, Ediciones Literales, El Cuenco de Plata, 2005

Nietzsche, Friedrich. *La gaya ciencia*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001

Racine, Jean. *Fedra*. Buenos Aires, Sudamericana, 1972

Ricardo de San Víctor. *Les quatre degrés de la violente charité*. Paris, Vrin, 1955

Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Madrid, Trotta, 2005

Spinoza, Benito de. *Ética*. México, UNAM, 1977

Steiner, Georg. *La muerte de la tragedia*. México, F.C.E; Madrid, Siruela, 2012

Sudar, Pablo. *¿La filosofía amor a la sabiduría o sabiduría del amor? Diálogo con Emmanuel Levinas*. En *Teología*, Tomo XVI, nº 33, 1979, págs. 63-70.

Unamuno, Miguel de. *El sentimiento trágico de la vida*. Madrid, Altaya, 1997.

Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid, Alianza, 1981